

V

Siluetas

Es una pareja sin hijos, riquísima. Ambos son bajitos, regordetes, de aspecto ordinario, a pesar de la sangre azul que corre por sus venas y de los frecuentes viajes que han hecho a Europa y a los Estados Unidos. Varias veces han ido a Roma y el Papa les ha echado su bendición. No es posible verlos sin pensar en esas alcancías de barro de olla, en forma de chanchito, fruto de la alfarería nacional, unos chanchitos con la respectiva oquedad tan llena de monedas de oro, que ya no queda campo ni para un grano de arena. Los dos son biznietos del viejo José Manuel Conejo.

Poseen una magnífica casa en el barrio, casa con amplios salones y corredores, fuentes y bancas de azulejos, *hall*, arcos, columnas, pajarera, colección de orquídeas de cinco mil dólares, colección de peces, una capilla en donde se rinde culto especial a San Judas Tadeo, aquel que en su novena protesta de que se le confunda con Judas Iscariote; un jardín con plantas extrañas, la tierra de cuyos arriates ha sido traída expresamente de no sé dónde y cernida. Hay en este jardín una colección de begonias que la señora riega cada mañana con un pichelito de plata.

La señora reparte su tiempo entre el culto a los santos, su amistad con el señor obispo, las flores y los perros. El marido comparte con ella la afición a los perros.

A él le ha llegado un perro danés que vale como cuatro mil colones y a ella uno de esos perritos chinos que ahora están de moda entre las damas esnob o entre las damas anormales o solteras, animalillo por el que diera quinientos dólares. El can danés y el pequinés han ganado un gran montón de medallas en las exposiciones de perros.

El danés se llama Raleigh. Raleigh trajo consigo del extranjero un estuche con un cepillo y un peine para alisarle y darle brillo al pelo y un aceite especial para purgarlo o alimentarlo, no recordamos bien el uso. Cada mañana la cocinera prepara especialmente un tazón de avena con leche para el danés.

El perrito pequinés es una monada, un encanto, un bibelot, como dicen las señoras que lo contemplan. Una preciosidad negra de pelaje finísimo y brillante, con una carilla de sapo que vuelve loca a la dueña. Cuando Bombón está echado en un sofá o sobre un almohadón, con los ojillos saltones reluciendo entre el brillo de la piel, las damas suelen prorrumpir en pequeños gritos de admiración histérica y le hablan como le hablan las madres a los niños consentidos y lo besan. Todos los días pasa el carrito de los dulces helados, Bombón ladra con suave ladrido, y ya amos y criados saben que aquello significa que el animal reclama su golosina favorita. Agustín, el negro encargado de Bombón y el vendedor de helados saben también que a Bombón solo le gustan los de fresa en canastilla de pasta de barquillo. Come en la mesa, al lado de la señora, y no puede ver que esta acaricie al gato de Angora o a su marido, porque se pone furioso y gruñe enseñando sus dentezuelos de ratón. A menudo marido y mujer representan la escena delante de las visitas para que estas gocen con los celos del perro. Entre los deberes de Agustín el negro, está el de sacar a Bombón todas las mañanas de paseo. Antes de salir, la señora amonesta al negro para que no permita que esos perrillos ordinarios se acerquen a olisquear a Bombón. Cada mañana, entre nueve y diez, los vecinos del barrio pueden gozar del espectáculo que presentan Agustín y Bombón: aquel bien vestido, echado para atrás, el rostro y los zapatos despidiendo reflejos al sol, en la diestra un extremo de la correa finísima a la que va atado Bombón sonando su cascabelito de oro y moviendo su aristocrático trasero pequinés que es un gusto. A veces el pequinés se detiene y levanta una patita cerca de una pared o se pone a hacer equilibrio en sus cuartos traseros, y mientras el animal hace sus necesidades como todo mortal plebeyo o aristocrático, el negro Agustín espera pacientemente mirando

hacia el cielo o hacia las montañas. La verdad es que miles de niños en todo el país se tomarían la centésima parte de las comodidades de que gozan Bombón y Raleigh. ¡Qué bien les caería tomar diariamente a los chiquillos de los peones de la finca de café que nuestro matrimonio posee en Tres Ríos, un plato de avena con leche parecido al que Raleigh se toma cada mañana! Olvidaba contar que en las tardes sale la señora a pasear a Bombón en su Packard, y cuando ella está acatarrada y no puede salir, entonces manda a Agustín el negro a llevar a Bombón a dar su paseo en automóvil. Olvidaba también contar que Bombón tiene sus pijamas de seda, su sobretodo para cuando hace frío y que duerme con la señora. Un día el niño de la cocinera puso el pie, por descuido, sobre una patita de Bombón. El perro chilló y la señora salió despavorida de la capilla en donde estaba en oración. Al saber lo ocurrido lanzó imprecaciones contra el torpe, a quien la madre horrorizada había cogido a moquetes. Luego hizo que lo pusieran de rodillas en la puerta de la cocina. ¡Esa gentuza que no sabe tratar a un animal que ha costado cientos de dólares! Así son. ¡No les vale vivir entre la gente!...

Las bodas de Raleigh con Copy, la perra de los García-Fishy, cuyo valor es de mil dólares, fue todo un acontecimiento entre la gente del barrio aficionada a la cría canina. Se celebró en la finca de Tres Ríos y los dueños ofrecieron una fiesta en la que se brindó con *champagne*. Valía la pena poner cuidado a las conversaciones que en esos días precedentes o que siguieron a la cópula perruna, tuvieron lugar en torno a algunas mesas de té o en las habitaciones familiares del barrio. Doña Martita, el ama del danés, hacía hincapié en el modo de hacerse el amor los perros de raza, tan diferente a la vulgar de los perros ordinarios. Lo que ignoraba la aristocrática señora es que Raleigh logró escaparse una vez de los encargados de vigilarlo en la finca y se fue como una criatura que está por encima del bien y del mal, a enamorar a Camelia, la perrita de un peón, un pobre animal a quien se le podían contar las costillas, tan sucio que no se sabía su color de origen y con sus parches de sarna. En más de una ocasión, el patrón procedió como Raleigh, con las hijas de los peones.

Esta familia Valdés-Quesada había sido un fermento delicioso en el barrio. Al principio de su llegada a aquel *sancta-sanctorum*, fue como la sal y la pimienta de las conversaciones insulsas que tenían lugar en los saloncillos íntimos o en torno a las mesas de té o de juego. Después aquel conjunto de personas distinguidas se fue acostumbrando y los más conservadores, por el buen nombre del barrio, procuraron olvidar lo que pudo haber de anómalo en la vida de la señora Valdés.

Él, un fulano Valdés, ecuatoriano o peruano, no estamos seguros de su nacionalidad, sujeto de gran renombre como abogado internacionalista, es decir, como persona que sabía enredar o desenredar, según su conveniencia personal, cuanto litigio oscuro se presentara entre diferentes Estados.

Contaban que había dejado mal parada a su propia patria en todos los pleitos entablados entre el Estado y fuertes compañías extranjeras que lo habían elegido a él como abogado. Por supuesto que en todas estas aristocráticas trampas ganó mucho dinero y renombre: si hasta fue Ministro de Relaciones Exteriores, Ministro Plenipotenciario de su país en Washington, París, Londres, candidato para la Presidencia de la República y representante en la Sociedad de las Naciones. Ahora hacía de administrador general en Costa Rica de una poderosa compañía yanqui de utilidad pública, es decir, una especie de virrey. Se trataba de un trust norteamericano cuyo hilo principal era manejado por la Casa Morgan, trust que desarrollaba sus tentáculos en todos los países de América Latina. A menudo, estas compañías yanquis se valen, para accionar en los países latinoamericanos, de individuos latinoamericanos inteligentes que conocen bien las debilidades de nuestros pueblos, para cogerlos a través de ellas. Es claro que tales individuos tienen que ser personas sin escrúpulos, con la conciencia en venta. Contaban de nuestro internacionalista que era de origen muy humilde y que había llegado adonde había llegado, gracias a sus esfuerzos. ¡Un *self*

made man, auténtico!, un fruto del individualismo. Personas que lo conocieron en Nueva York, decían que su esposa, una antillana guapísima, había sido mujer de lo que la gente que se cree buena, llaman de la mala vida; decían también que la hija mayor, una muchachita de unos nueve años, no era hija de Valdés.

Cuando el abogado internacionalista trató de venirse a vivir con su familia al barrio, hubo sus conciliábulos, sus idas y venidas y sus hablillas. Fue aquella una época muy interesante para los distinguidos vecinos. No hay nada más succulento para la fantasía que el honor del prójimo. Y Valdés se vino a habitar dentro del tabernáculo, a pesar de su origen humilde, sin árbol genealógico ni escudo; a pesar de la vida de su mujer, pues se trataba de vender a la citada Compañía, de la cual Valdés era administrador general en Costa Rica, un inmenso latifundio de los herederos de José Manuel Conejo, y claro, estos herederos no se iban a parar en el origen del abogado internacionalista ni en pulgada de más o de menos en la honra de su esposa, a pesar de que el abuelo Fishy era descendiente de señores de horca y cuchillo. A ellos lo que les interesa era que la compañía les comprara el latifundio. Por eso cuantos iban a sacar tajada en el negocio, fueron a visitar a la familia Valdés a la cual le llovieron invitaciones del barrio para tés, comidas, etc. Teresita Cothnejo Alvarado, hija del Cothnejo que había de salir mejor parado en el negocio del latifundio, fue en una ocasión a servir de manicura a la señora Valdés, y las manos pecadoras salieron de entre las manos de la inocente niña, como unas flores acabadas de cortar.

1923